

El grito silencioso y la responsabilidad de no mirar para otro lado

13/04/2026



Existen realidades que, por su peso trágico, suelen quedar relegadas al margen de la agenda pública, protegidas por un pudor que a veces se confunde con la indiferencia. Sin embargo, las frías estadísticas sobre suicidios en San Rafael que han trascendido recientemente nos obligan a romper ese cerco de silencio. No estamos ante números aislados ni ante una fatalidad inevitable, sino frente a un flagelo que conmueve los cimientos de nuestra comunidad y que reclama, con la urgencia de lo irreversible, una respuesta institucional que esté a la altura del dolor que genera.

El suicidio no es un problema individual; es un síntoma social que nos interpela a todos. Cuando una persona siente que el

futuro se ha cerrado y que la única salida es el vacío, lo que está fallando es la red de contención que una comunidad debe ofrecer a sus integrantes. En cada calle de nuestros barrios y en la soledad de muchos hogares, hay gritos silenciosos que no siempre sabemos escuchar. La falta de horizontes, la crisis de sentido y la carencia de un sistema de salud mental accesible y eficiente forman un cóctel peligroso que se cobra vidas que todavía tenían mucho por dar.

Es hora de que la salud mental deje de ser el pariente pobre de las políticas públicas. No basta con lamentar la tragedia una vez consumada; es necesario intervenir antes de que el cristal se rompa. El Estado, en sus distintos niveles, debe garantizar que el pedido de ayuda no se pierda en la burocracia de un turno lejano o en la falta de profesionales en los efectores sanitarios. La prevención exige inversión, pero sobre todo exige una mirada humanista que entienda que la integridad de una persona es el valor supremo de cualquier orden republicano.

Como sociedad, también tenemos una tarea pendiente: derribar el tabú. Hablar del suicidio de manera responsable, sin morbo pero con verdad, es el primer paso para prevenirlo. Debemos aprender a detectar las señales, a ofrecer el oído y a validar el sufrimiento ajeno. En tiempos de individualismo extremo, recuperar el sentido de comunidad es una herramienta de supervivencia. San Rafael no puede acostumbrarse a estas noticias como si fueran parte del paisaje; cada vida perdida es una derrota colectiva que debería dolernos como propia.

La estadística sólo dejará de ser fría cuando se transforme en acción. El compromiso con la vida es una decisión política que se demuestra con recursos y presencia territorial. No miremos para otro lado; el espíritu que guía a nuestra nación se fortalece cuando somos capaces de rescatar a quienes, en la penumbra del desánimo, sienten que ya no pueden caminar más.